Historias de aquí, de allá y de más allá
- Una lectura sin retorno -

Primitivo Garate

Historias de aquí, de allá y de más allá

- Una lectura sin retorno -

Primitivo Garate

Avant
editorial

Primera edición, mayo de 2025
©Primitivo Garate, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-04-3
THEMA: FBA
DEPOSITO LEGAL: M-12619-2025

Dedico este libro a Josiane, mi mujer,
que todavía no me ha prohibido escribir;
a mis cuatro hijos, en orden cronológico.
Íñigo, David, Fermín, Maeva,
y a todos los que no están aquí.

Mi agradecimiento
a quienes me han animado y,
en especial, a José María Doria,
quien desde el principio
ha creído en mis escritos
y me sigue energizando.

A Darina Nicolaeva,
por su mágica intervención.

A Jesús Mateo Salvatierra,
por sus críticas, a veces severas.

A Nova Doria, por su portada,
que transparenta el contenido
e induce a la lectura inmediata.

El soplo

Hoy todo el mundo sabe que el Universo está formado por una combinación de los mismos elementos que, en su día, Mendeleiev tan sabiamente supo clasificar y ordenar.

También sabemos que todo, absolutamente todo, gira en algún tipo de órbita alrededor de algo y que ese algo, a su vez, también orbita a otro algo… y así sucesiva e infinitamente hasta perderse o marearse pensándolo.

Pero si tomamos un súper microscopio veremos (o tendremos que creer lo que nos digan los que ven) que los átomos continúan entre sí el mismo ballet orbital que los planetas. Y no es que lo continúen, sino que forman parte del mismo conjunto, del mismo juego, que es el Cosmos.

Como en todas las fórmulas y recetas, ocurre que según de qué elementos se componga la mezcla, si estos son de carga eléctrica positiva o negativa, en qué proporciones, y cómo y a qué temperatura están mezclados u organizados entre sí, la órbita será de una manera o de otra, más rápida o más lenta, y el resultado total de órbitas, o familia de órbitas, será hierro, sandía, hígado de avestruz, etcétera, etcétera, etcétera.

Es decir, que, como cualquier otro animal, el humano es una especie de galaxia formada por mucha menos materia mineral, muchísima más agua y materia orgánica que los planetas, y obviamente, con órbitas microscópicas en vez de siderales.

Y ahora la eterna pregunta: Si es tan obvio que hombre y animales están formados por idéntica materia… o casi, ¿Por qué el hombre posee la inteligencia, que, según parece, es la única razón de su hegemonía en la Tierra? ¿Por qué precisamente el ser humano y no otros?

El Profesor Andrés Valdedríos, entonces decano presidente de la Escuela Nacional Superior de Investigaciones Científicas, o la ENSIC, se había impuesto como meta despejar de una vez para siempre esta incógnita. En realidad era un viejo sueño de juventud, que sólo hoy podía cumplir, al estar en el cenit del saber científico y con un prestigio tal que ninguna institución osaría negarle lo que él solicitara.

Desgraciadamente, no fue así, y si bien es cierto que todas las instituciones docentes aplaudieron la idea y le ofrecieron un apoyo moral sin condiciones, ninguna de ellas se comprometió financieramente.

No fue el caso del Museo de Ciencias Naturales y del Vaticano. Sí, del Vaticano, que en un alarde de

apertura humanística y de ecumenismo, se comprometió a pagar las facturas si formaban parte del estudio, enviando un representante en calidad de observador.

Naturalmente, para poder efectuar con éxito su sueño de juventud se requería llevar a cabo un estudio muy extenso, quizás largo y arduo, relacionado con no pocas ramas del saber.

Personalmente, ya tenía una idea de qué orientación deberían tomar las investigaciones y sólo necesitaba los medios y ayuda, sobre todo, mucha ayuda altamente cualificada.

Para el Profesor Valdedríos, el trabajo no era de índole astronómico, sino más bien antropozoológico, antropaleontológico y bioquímico, geográfico, y quizás también ¿bíblico?

Cuando hace millones de años surgió el reino animal, la especie humana no formaba parte de este. Pero parece que, hace más de cinco millones de años, quizás en vísperas o en los albores del Plioceno, sucedió algo, algo que aplicado a una de las especies animales ya existentes en la superficie terrestre hizo que esta última comenzase, extremada y paulatinamente, a distanciarse intelectualmente de las demás especies que en aquel entonces poblaban el planeta.

Evidentemente, para que llegase a ser lo que hoy denominamos «hombre», y que su reciente superioridad intelectual le fuese útil, esta especie tenía que estar provista de manos, brazos, piernas, dedos; sobre todo,

dedos, pues el hombre sin dedos sería como una ballena, un delfín o un elefante… un pozo de memoria, quizás inteligente, pero improductivo. Cierto es que, gracias a la coordinación y cooperación de estos dedos con el intelecto, existe el arte, la tecnología, la transmisión del saber. Esta evidencia nos localiza ya muchísimo el campo a investigar.

Es ahora cuando el profesor Valdedríos acudió a la Biblia y, concretamente, al Génesis, como el texto escrito más antiguo hoy conocido.

Había frases, las mismas que se aprenden desde niño, que hoy le hacían recapacitar. Se mencionaban conceptos extraños: un fruto, un tal «árbol del bien y del mal», un «soplo» y, por supuesto, un paraíso, eso sí, terrenal.

¿Un soplo? ¿Como un mago que sopla en un sombrero y saca un conejo? Más bien habría que tomarlo como una metáfora, significando una acción que desencadena algo.

Hoy habríamos utilizado «percutor», «detonador», quizás interruptor… pero «soplo» resulta mucho más divino, más sutil. A continuación se nos habla de un fruto y también de una tierra paradisíaca, que, automáticamente, nos hace pensar en un auténtico vergel. Nadie asociaría la palabra «paraíso» con un desierto o una estepa. Sin duda alguna, el quid tiene que estar entre vegetales… y frondosos.

«El Hombre es lo que come» o más científicamente *Ipsum quoque manducat homo est*, dice la máxima tan recurrida por herboristas y vegetarianos, se dijo para sí el profesor Valdedríos. Seguramente, el primer hombre lo fue después de haber ingerido algo, lo más probable un fruto de un árbol (¡además tenía que poder trepar!) o, quizás, respirado, expresa o fortuitamente el humo o el aliento de algo.

¿Y dónde en el mundo de entonces, quizás con un clima glacial, podría darse tal tipo de fruto? ¿O sucedió antes de la era glaciar, si es que de fruto se trataba? Enseguida descartó desiertos, océanos, estepas y zonas árticas, y se fue inclinando por zonas templadas, tropicales, subtropicales y cientos de mini climas. Claro está, en la geografía de entonces… y tampoco excesivamente distante de donde está ubicada la zona bíblica por excelencia.

Con todo esto en mente, el Profesor Valdedríos invitó a varios eruditos de su absoluta confianza, todos ellos autores de diversos tratados en sus respectivas disciplinas, y dos de ellos nominados para el Premio Nobel.

Así, un soberbio equipo de antropólogos, climatólogos, paleoantropólogos paleopatólogos, zoólogos, veterinarios, y botanistas se puso a trabajar en busca del misterioso percutor que habría desencadenado el tránsito de animal a humano. Por mencionar a algunos, citaremos a los profesores Frank Nishimura y Yasmina

Ibn El Kebir, de la Universidad de Maryland, USA; al Profesor Mario Armando Carlucci-Zarandona, de la Universidad de la Plata, en Buenos Aires; a la Doctora Olga Von Kaine, de la Universidad de Bremen, Alemania; al Profesor Olivier Fleur de Charente, de la Sorbona, París, y otros, sin olvidar al enviado especial del Vaticano, el Padre Benjamín Da Osta, un doctor en Antropología y en Teología de la Universidad Pontificia de Trieste, en calidad de observador.

Antes de comenzar los estudios hubo que solucionar el incidente causado por el Profesor Olivier Fleur de Charente, paleontólogo él, que larga y brillantemente disertó sobre la improcedencia de iniciar estudios científicos basándose en datos bíblicos cuya laicidad, por el mero hecho de su origen, ponía él en duda.

El Profesor Valdedríos convocó una pléyade de filósofos y teólogos, quienes, en presencia del profesor Olivier Fleur de Charente, leyeron su extenso dictamen que declaraba la laicidad práctica del pasaje bíblico en cuestión. Tranquilizado el profesor, el estudio pudo proseguir.

En un principio fue una ardua labor de investigación en bibliotecas y archivos, pura labor erudita de base de datos, haciendo reportes, catalogando, confrontando y eliminando datos. También los especialistas oportunos visitaron parques zoológicos, reservas de animales; se intercambiaron muestras anatómicas y

vegetales y realizaron algunas autopsias, así como no pocas vivisecciones, que, en aras de la ciencia, cerraron algunas puertas, pero, afortunadamente, abrieron otras.

Varios frutos y semillas comestibles (o al menos no venenosas) fueron seleccionados, con el común denominador de existir en zonas templadas o cálidas y, por supuesto, desde el origen del reino vegetal.

Por diversas razones sin interés para la historia, los veterinarios y antropólogos descartaron a los osos, pero parece ser que los simios, más o menos voluminosos, poblaban casi todas las zonas habitables del planeta, pero estos eran de más en más voluminosos y capaces de sostenerse y caminar en pie a medida que se acercaban a las zonas más tórridas y ecuatoriales del planeta., pero siempre, y sin excepción, frondosas,

En aquella época abundaban las especies de simios: algunos de ellos podrían haber sido los precursores de los que hoy conocemos; otros, aunque aparentemente similares, eran desconocidos, y otros idénticos.

Varios lugares fueron seleccionados como posibles, y quizás probables, escenarios de ese «soplo» Uno en Uganda, prácticamente en las orillas de lo que hoy denominamos Lago Albert; otro en Sudán, al sur de Khartum, en el centro geométrico del triángulo de tierra entre el Nilo negro y el Nilo azul; otro al pie de la ladera sur de monte Ararat, hoy Turquía, y para terminar, una vasta zona de Mesopotamia, a lo largo de la orilla sur del Tigris.

La fase siguiente era la definitiva, la más interesante y también la más onerosa. Consistió en visitar cada uno de los lugares donde crecía espontáneamente el fruto denominado *Sarcufulus Carsifudendrum*, fruto relativamente pequeño, del tamaño de un kiwi, de piel negra azulada satinada y espesa, de aroma muy penetrante y ácido, y carne de color naranja jugosa y suculenta, y aunque ignoramos los gustos gastronómicos de la Preprehistoria, su sabor, aunque no necesariamente execrable, era muy poco propicio para ser vendido en nuestros supermercados del mundo occidental.

Sólo los jefes de departamento, con sus ayudantes y secretarios respectivos, iban a participar en la expedición. En los lugares donde abundan los simios, el experimento se llevaría a cabo con especímenes locales, que, en caso de fracaso en dicho lugar, acompañarían a la expedición de sabios a los lugares donde están extinguidos. Por indicación de zoólogos y antropólogos, se convino en comenzar por Uganda, seguido de Sudán.

Si todavía no se habían obtenido resultados positivos, los simios serían acomodados en jaulas individuales para, como un circo ambulante, viajar al Monte Ararat y, quizás, también a Mesopotamia

Si después del Tigris todavía no se habían obtenido resultados satisfactorios, se iría seleccionando diversos mini climas o rincones del planeta, preferentemente en Europa y Asia. (Por ejemplo, ciertos valles bien

abrigados de los Pirineos o Alpes, Cárpatos y demás rincones donde existía alguna variedad del *Sarcufulus Carsifudendrum*.

En Uganda

Los primeros en llegar fueron los zoólogos y los veterinarios. Su misión era coleccionar diez simios adultos, pero de diferentes edades y todos ellos en buen estado de salud. Cinco hembras y otros cinco machos que fueron llamados: Arna, Basa, Cima, Defa y Erta, para las primeras, y Asto, Briso, Cixo, Duso y Emko, para los segundos. Inmediatamente después llegaron varios ingenieros en telecomunicaciones, a fin de instalar los medios necesarios para que, desde el momento de su llegada, los sabios pudieran estar en constante comunicación con sus centros respectivos; tarea nada fácil, pues el lugar elegido para asentar el campamento o base era un claro en medio de la jungla o selva ecuatorial, como se le prefiera denominar.

El campamento estaba formado por dos círculos concéntricos de tiendas de campaña, algunos remolques y, en el centro, varias jaulas de primera clase, modulables en individuales, dobles y colectivas. Por sus excepcionales cualidades físicas de dureza tenacidad y ligereza, se había elegido en titanio como único material de fabricación y, aunque su costo lindaba con lo prohibitivo, la lozana situación financiera de la expedición se lo pudo permitir, y es que, además, era primordial.

En un alarde de honrar la dignidad humana, tan íntimamente ligada a la esencia misma de la expedición, se prohibió la utilización de porteadores indígenas, así como el empleo de estos en labores serviles. También se prohibió el uso de salacoff, tradicionalmente aceptado como un símbolo de la opresión colonial, y también el Diccionario de Bolsillo de Órdenes en Suahili, hoy considerado como un auténtico manual de explotación próximo a la esclavitud y, por tanto, un ultraje a la Declaración de los Derechos del Hombre.

Y ya se iba acercando el momento de iniciar la fase de experimentos.

Para muchos de aquellos genios, auténticos pilares del saber, no resultó muy fácil, sino todo lo contrario, trabajar en condiciones de jungla. Calor, humedad, mosquitos, barro, sudor permanente, y cansancio físico no constituían las mejores condiciones de investigación, o al menos ellos jamás las hubieran implantado en sus respectivos laboratorios y lugares de trabajo.

Algunos de ellos habían aprovechado tan especial coyuntura para darse el gustazo de vestirse de safari y kaki: saharianas, calcetines hasta las rodillas, sombreros de lona con banda de leopardo sintético, cantimploras, machetes, kits anti todo y mecheros Zippo. El enviado especial del Vaticano ejercería las funciones de capellán castrense para todo aquel que desease sus servicios. Esta función le rejuvenecía enormemente, pues no había que olvidar que, en su juventud, el Padre Da

Osta había sido misionero en el vecino Burundi, lo que le convertía en el único miembro de la expedición con prolongada experiencia tropical. De hecho, él fue el único en prever loción para ahuyentar a los mosquitos; precaución esta que fue intensamente admirada por el resto de los miembros del equipo.

Otros no dieron la más mínima importancia al escenario tropical y simplemente se protegían del sol con su boina habitual, un pañuelo con cuatro nudos o un vulgar paraguas negro.

Los días que precedieron a las pruebas transcurrieron como una colonia de vacaciones de eruditos: qué conversaciones, qué charlas, qué discusiones. Un auténtico seminario en medio de la jungla, a la luz de hogueras y farolas de petróleo, mantenido por algunos de los mejores cerebros del mundo.

Aquellos paladines del saber se ofrecieron mutuamente algunas de las mejores lecciones magistrales de cátedra jamás escuchadas, pero sin público humano: sólo los trillones de insectos y sus incesantes melodías nocturnas. Cierto es que para muchos hubiera supuesto un incontestable enriquecimiento, auténtica música celestial para el intelecto, y para muchos más, un sopor mortífero.

Para comenzar, deberían hacer ingerir el *Sarcufulus Carsifudendrum* a cada uno de los simios en sus tres estados, es decir: verde, maduro, y putrefacto, y ello

inmediatamente después de su recogida del árbol o incluso mordiéndolo directamente de este, si el animal se negaba a comer de una escudilla, plato o cualquier otro tipo de recipiente inventado por la humanidad.

Un equipo de psicólogos había preparado unas baterías de *tests* a los que los simios iban a ser sometidos antes y después de la ingestión. Estos *tests* habían sido creados expresamente para el proyecto y consistían en diferentes pruebas de todo tipo, y en la ejecución de sencillas operaciones aritméticas para ver si habían recibido el sentido matemático, que no es otra cosa sino la gramática del lenguaje del Universo.

Cuando todo estuvo listo, se mantuvo a los animales juntos y a dieta durante dos días. Sólo agua, agua local, por supuesto, y sin cloro. Se trataba de: por una parte, limpiar el organismo y hacerles sentir auténtica hambre para que, llegado el momento, deglutiesen el *Sarcufulus Carsifudendrum* sin dificultad, ya que de ninguna manera había que utilizar electrodos, sondas, agujas o embudos. Nada que pudiera resultarles incómodo, violento o simplemente desagradable.

El profesor Valdedríos, esforzándose para ocultar su nerviosismo, hizo uso del sistema de megafonía para, con voz firme y sonora, dar la orden de partida: «¡Atención, atención!, todo el personal; amigos y colegas. Ha llegado el momento. Todos en sus